

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD Y LA TRANSMISIÓN DE LA FE

MARÍA EUGENIA GÓMEZ SIERRA

Índice

- 1 La persona humana, urdimbre de la fe
- 2 La madurez humana, requisito para la fe
- 3 La persona de 0 a 6 como ser de relación
- 4 El hombre como ser religioso y moral
- 5 El hombre, capaz de Dios

«Escúchame, hijo, y el saber aprende,
aplica a tu corazón mis palabras.
con mesura te revelaré la doctrina,
con precisión anunciaré el saber»
(Qo 16, 24-25)

La persona humana, urdimbre de la fe

I Introducción

«Y dijo Dios: hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios les creó, macho y hembra los creó» (Gn 1, 26-28).

El imponderable previo a hablar de la personalidad es describir desde qué perspectiva antropológica se describe a la persona humana (Polaino, 2009). No cabe duda que nosotros nos situamos ante el concepto cristiano de persona, y que esta referencia vertebrata todo el contenido que vamos a desarrollar, a lo largo de estas páginas, en el estudio que vincula el desarrollo de la personalidad y la transmisión de la fe.

En una reflexión teórica puede pensarse que la aclaración anterior es un añadido del que podemos prescindir en un contexto de catequistas, pero no es del todo cierto. La práctica cotidiana nos muestra que en el acompañamiento de un proceso catequético, no lo tenemos tan claro. En suficientes ocasiones consideramos el crecimiento espiritual como una actividad académica, o en el mejor de los casos, como un compromiso social al que la Iglesia lleva dando respuesta desde hace muchos siglos.

La indefinición de la naturaleza de la persona puede llevarnos a confundir la catequesis, especialmente de niños, en una metodología en la que se ponen en juego la Palabra de Dios, los niños y unas estrategias educativas.

II La significatividad de los términos

Como punto de partida conviene aclarar que, a pesar de la confusión reinante en el ámbito de la Psicología, los términos, persona y personalidad, no son lo mismo ni pueden intercambiarse.

La reciente popularización del término personalidad ha llevado a muchos a prescindir del concepto de persona del que deriva. La persona es una exigencia previa a la personalidad, es el sujeto originario y de pertenencia sin el cual es imposible su existencia. Ambos términos están intrínsecamente vinculados, pero no son ni intercambiables ni confundibles. El sustrato de la personalidad es siempre la persona, de manera que es imposible encontrar una personalidad independiente, del mismo modo que es necesario que la persona se exprese siempre en una personalidad.

La personalidad es el icono de la persona que pervive en el tiempo en cada una de las circunstancias individuales y que la caracteriza. Es, ante todo, la imagen de la persona, la apariencia, o el comportamiento que alguien manifiesta en el escenario social en el que se encuentra.

II.1 Aproximarse al concepto de persona

Para aproximarnos al concepto de persona tomaremos como referencia fundamental a Edith Stein y su propuesta de estructura de la persona, aunque no lo haremos con la amplitud de detalles que ella propone. Desde su perspectiva podemos considerar a la persona como un ser en el que se conjugan tres verdades que permiten afrontar el proceso catequético de una forma muy original: *vocación o llamada a ser; unidad cuerpo-alma y origen divino*.

Desde estas verdades se matizan tres **características** que definen a la persona:

- 1 **Criatura:** La persona es un ser en referencia al que la vida le ha sido dada (desde una comunidad padre-madre) y que carece de sentido si no es en relación con Aquél que le da origen, Dios. Ha sido creada a imagen y semejanza de Dios e invitada por Él a vivir en comunión.

El carácter referencial de la persona le hace preguntarse tarde o temprano cuál es su origen. De dónde viene su ser, pues la vida que le ha sido dada no está aún finalizada sino que se convierte en tarea para la persona. Esta es la misión principal de cada persona (vocación): *decidir* y *decidir-se* a la tarea de hacer la propia vida, a la vez que se hace a sí misma.

Esta tarea parte de una dificultad: cómo saber qué hacer si previamente no se sabe quién se es. Luego el punto de partida será irse conociendo con hondura, desvelando y asumiendo los misterios que acompañan la propia vida desde su comienzo.

- 2 **Sexuada:** Dios crea al ser humano como hombre y mujer. Dos formas diferentes de vivir la vocación humana y de cumplir diferenciadamente la misión que Dios le otorga al darle en posesión la tierra. Se trata de dos seres iguales en dignidad y complementarios.

La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer: mujer y hombre son entre sí complementarios. La femineidad realiza lo “humano” tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria (cf. Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*).

El hombre y la mujer, creados con igual dignidad de personas como unidad de cuerpo y espíritu, se diversifican por su estructura psicofisiológica, puesto que la realidad de la condición humana aparece en la diferencia y pluralidad de sexos. Es este un elemento constitutivo de la identidad personal. Sólo gracias a la dualidad de lo “masculino” y de lo “femenino”, lo “humano” se realiza plenamente. Y al mismo tiempo que es marca de diversidad es también indicador de complementariedad.

Solamente juntos, el hombre y la mujer, representan a la humanidad en su conjunto, es decir, “una sola carne”.

- 3 **Relacional:** El hombre es un ser capaz de trascenderse saliendo de sí para alcanzar su identidad. Lo hace estableciendo relaciones con el medio, con los otros, consigo mismo y con Dios. La relación del hombre con el exterior no es simplemente reactiva, estímulo-respuesta, sino intencional. Se trata de un ser “capaz de”, incluso capaz de Dios.

Y unas **notas** que la también la definen:

- 1 **la unidad:** la persona es un ser que reclama unidad para todas las dimensiones que lo componen (Stein, 2003, p. 186). Una unidad con sentido, que comienza cuando el sujeto descubre su condición creatural, pero que va creciendo a medida que se descubre la filiación divina (Rahner, 1963, p. 104-114).

La persona es un ser complejo con diversas dimensiones que, sin embargo, se manifiesta en su unidad o unicidad de su ser. La persona es singular y en ella se conjugan numerosos opuestos, tales como la actividad y la pasividad, el lenguaje y la escucha, la donación y la acogida, la comunicabilidad y la

integridad, la identidad y la relación, el momento presente y su pasado y su futuro, su ser individual y su apertura a lo universal, el cuerpo y el alma.

- 2 **la apertura a la trascendencia y la unicidad de la persona:** la persona entendida como “alguien” llamado a ser un ser humano en plenitud (Burgos, 2005, p. 43), un ser abierto hacia fuera y hacia dentro. La persona, creada a imagen y semejanza de Dios, es única e irrepetible.

La singularidad es el fundamento de su “yo”, que se manifiesta como posibilidad de auto-comprenderse, de auto-poseerse y de auto-determinarse.

- 3 **la libertad de la persona humana:** la libertad es una nota característica de la persona que guarda relación con su capacidad de transformar el mundo y de auto-transformarse a sí misma.

La persona es capaz de trascender las acciones que realiza identificándolas como propias. Estas acciones reobran sobre ella misma y, además, conllevan una verdad intencional.

El ser humano es libre, está condicionado pero no determinado y precisamente es esa libertad el espacio que existe entre el condicionamiento y la determinación. El hombre es consciente de su elección y con ella se auto-determina. La libertad es el poder activo del hombre -radicado en la razón y en la voluntad- de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas.

La persona puede elegir porque tiene el poder de auto-realizarse.

Cuando el hombre es plenamente libre, elige de acuerdo con lo más profundo de sí mismo, es decir, con su vocación de imagen de Dios. Y, a su vez, cuando elige de este modo, entonces su libertad alcanza su plenitud.

- 4 **la igual dignidad de todas las personas:** el hombre está llamado a entrar en diálogo con Dios. En la persona hay una condición que le hace diferente a cualquier otra realidad, el ser imagen de Dios, y esto le sitúa en un puesto exclusivo en el universo y con una dignidad única e incomparable.

El hombre es el “tú” con el que Dios dialoga en este mundo y esta relación de dependencia le hace digno. Cualquier hombre es único, irrepetible e insustituible.

- 5 **la sociabilidad humana:** la persona constitutivamente es un ser social y no puede vivir y desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. Dios no creó al hombre solitario: desde el principio los creó hombre y mujer. Esta asociación constituye la primera forma de comunión entre personas.

No hay hombre sin comunidad. El hombre no puede ser hombre, solo encerrado en sí mismo y ocupado consigo mismo: necesita, para serlo, estar en relación con otro semejante.

El hombre se encuentra siempre en situación y en relación constitutiva con el otro. Sólo abierto a un *Tú* personal, el hombre se encuentra a sí mismo como un *Yo* personal. Y hay que poder decir verdaderamente “Yo, para poder experimentar el misterio del *Tú* en toda su verdad” (M. Buber). La relación interpersonal del “Yo-Tú” lleva consigo que podamos decir: nosotros.

II.2 Aproximarse al concepto de personalidad

La personalidad se puede definir como el patrón de sentimientos y pensamientos ligados al comportamiento de una persona que persiste a lo largo del tiempo y de las situaciones. La personalidad hace referencia siempre a aquellos aspectos que distinguen a una persona (individuo) de cualquier otra y la singularizan. Esta personalidad persiste a través del tiempo y de las situaciones, es algo único de cada individuo, y es lo que le caracteriza como ente independiente y diferente.

III El ser humano, ser creyente

La persona es un ser en desarrollo que va construyéndose desde dentro y desde fuera. El ser humano no se construye sólo a través de las *respuestas* que da al medio que le rodea mediante interacciones que siguen un proceso activo-reactivo (estímulo-respuesta), sino que es capaz de acciones que provienen de sus propias *propuestas* internas. Un ser humano, sin ningún estímulo exterior, puede decidir moverse en una dirección concreta que tiene para él aun significado, incluso cuando no sea real.

El aspecto que acabamos de describir supone que el crecimiento personal contiene en su propia naturaleza un modelo interno hacia el cual puede dirigirse, lo que en palabras de Edith Stein vamos a llamar arquetipo. Por este motivo se pregunta quién es, cuál es su identidad y qué está llamado a ser a lo largo de su desarrollo.

La experiencia humana habla del hombre como de un ser hecho para la felicidad (plenitud), una felicidad que busca y que no termina de alcanzar a lo largo de toda la vida. Una plenitud que sólo es posible cuando siguiendo la imagen con la que fue hecho responde a la llamada de su vocación.

Podemos afirmar que el hombre y la mujer son sujetos de creencias, que necesitan fiarse (con-fiar) para llevar a cabo su acción. No puede ser de otro modo, por tratarse de un ser trascendente y de un ser en relación, que para ser él mismo necesita salir de sí.

Antes de hablar de la fe es necesario hablar, por tanto, de la persona y de la personalidad de la misma, porque es en una subjetividad concreta donde se da la respuesta a un Dios que se manifiesta e invita a vivir en comunión con Él.

Para hablar de crecimiento espiritual es necesario estudiar a la persona desde distintas perspectivas, descubriendo todas las dimensiones que confluyen en su Yo, hay que hablar necesariamente de aspectos psicológicos, antropológicos, fisiológicos, éticos, sociales y religiosos, pero especialmente hay que hacerlo de una unidad integradora que vincula todos esos aspectos en un Yo existencial querido y habitado por Dios.

La madurez humana, requisito para la fe

I La persona humana y la pluralidad de sus dimensiones

El ser humano está constituido por una pluralidad de dimensiones que forman una estructura personal única e irrepetible (Domínguez, 2011, p. 54). Ninguna de esas dimensiones puede comprenderse de manera independiente ni puede existir por separado: forman parte de una unidad globalizada por un yo existencial o núcleo íntimo que impide su disolución (Burgos, 2006, p. 209-213).

Las distintas dimensiones realizan funciones diversas que se auto-implican. No podemos hablar de una acción sobre el cuerpo que no tenga repercusión sobre los afectos, la conciencia y la dignidad de la propia persona.

Estas dimensiones siguen ritmos de desarrollo radicalmente diferente y ejercen diversa influencia sobre la persona.

La dimensión espiritual es la más importante de todas pues su función es precisamente integrar al resto dando unidad a la persona (Domínguez, 2011, p. 57-59). Toda persona tiene en su interior el deseo y la capacidad de la integración de su ser con una realidad más amplia que la suya. Lo espiritual le convierte en un ser en salida de sí para penetrar la estructura de las cosas.

Esto implica que el crecimiento de la dimensión espiritual requiere mayor tiempo y mayor esfuerzo para su cultivo. Sería un error pensar que, al igual que crece la dimensión física del sujeto con unas mínimas exigencias, se produce un desarrollo de lo espiritual y de lo religioso, cosa que, a veces, podemos olvidar en la tarea catequética.

I.1 Dimensión cognitiva: la representación mental, el concepto de Dios y las creencias

El elemento intelectual es el rasgo que singulariza al hombre diferenciándolo radicalmente del resto de la creación. Su capacidad de conocer le permite establecer una *relación* con lo que le rodea con la singularidad de la trascendencia. En efecto, mediante el conocimiento, de modo misterioso pero real, el hombre sale de sí mismo y "llega a ser otras cosas (...) sin serlo, en tanto en cuanto las posee intencional e inmaterialmente" (Burgos, 2005, p. 141).

Lo intelectual es una *capacidad activa* que puede y debe ser alimentada y cuidada desde el principio. Supone un dinamismo que pone en conexión el interior con el exterior y exige trascenderse para poner distancia entre la persona y la realidad y que supone conciencia. (Torralba, 2012, p. 54).

En este sentido, lo cognitivo nos permite interiorizar en nuestro ser la realidad y representárnosla, hasta de algún modo apropiárnosla. Gracias a la cognición es posible representarnos a Dios y todo lo religioso, así como elaborar un concepto de Dios a partir de una doble realidad: lo experiencial, fruto de la vivencia, y lo simbólico y doctrinal que procede del contexto y de las circunstancias (Vergote, 1975, p. 231).

Podemos afirmar que el conocimiento, sea cual sea su contenido, deja en nosotros una huella que pasa a ser parte de nuestra estructura mental, es decir, de nosotros, produciendo un cambio en el ser, con independencia de la forma en la que lo hemos adquirido (la vivencia, la cultura, o el estudio).

Consecuentemente en cualquier proceso catequético hay que tener en cuenta este aspecto intelectual, fuertemente condicionado por la edad y por las formas de conocimiento propias del momento.

La estructura cognitiva de la persona posee además un contenido que la llena y la configura a la vez, en el que se gestará para siempre el concepto de Dios y el conjunto de creencias que compartimos en un mismo Credo y celebramos en una misma liturgia.

Es francamente importante caer en la cuenta de que el contenido religioso no tiene por qué venir siempre de un aprendizaje, sino que puede proceder de una experiencia religiosa, sea cual sea la edad, siendo entonces la fuente el mismo Dios. Es más, en el bautizado inhabitado por la Trinidad, la conciencia de ese don puede generar unas certezas incapaces de obtener por ninguna otra forma de aprendizaje.

I.2 Dimensión afectiva: actitudes religiosas

La persona, cuyo origen es el amor divino, posee una dimensión originaria en torno a lo afectivo que es irreducible. Está estrechamente vinculada de manera originaria a lo bueno, lo verdadero y lo bello que refleja su origen creado. Será el mundo de las relaciones con lo de fuera lo que a través de experiencias “corrompidas” la separe de esa intimidad profunda en la cual se encuentra su verdadera y única felicidad. Las experiencias con las cosas o personas no la dejan indiferente, sino que le afectan, consciente o inconscientemente, provocando o evitando, como respuesta, una conducta.

Hildebrand propone tres niveles afectivos, que debemos conocer para el trabajo catequético, diferenciados por edades: las *sensaciones corporales*, las *reacciones psíquicas* (ira, miedo, temor, tristeza, alegría) y el *carácter espiritual* del mundo afectivo, bastante olvidado a pesar de ser lo fundamental.

En este último encontramos, a su vez, una triple referencia interesante en la catequesis. En el carácter espiritual de lo afectivo hablamos del *mundo de los valores*, pues el hombre ama aquello que tiene valor para él. Quiere de manera volitiva lo que se presenta a su inteligencia, voluntad y corazón como algo amable y digno de ser amado. Dios-amor es imposible que no se le presente al hombre de manera amable y deseable, pero es necesario trabajar para que la relación entre ambos sea reconocida e identificada. Los catequistas y los padres pueden esforzarse mucho por enseñar a reconocer lo intelectual, sin detenerse a educar para reconocer el amor divino en cada momento de la vida cotidiana.

Por otra parte aparece la *contemplación espiritual o conmoción*, que responde a un estímulo o circunstancia externa que provoca en nosotros un cambio global profundo que debe ser identificado. Por ejemplo es posible dejarse inundar por la belleza de la creación o por la caridad entre los hombres, aunque puede darse el riesgo de que nos vacunemos frente a esas sensaciones por miedo al misterio que envuelven.

Por último, en el trabajo del mundo afectivo religioso aparece el *sentimiento estético*, que invade al sujeto al descubrir el misterio que aparece directamente vinculado al orden del universo y a la referencia metafísica del ser humano.

La capacidad afectiva, de modo natural, nos abre a la perspectiva religiosa de las actitudes o disposiciones profundas del hombre frente a la realidad. Se trata de una disposición personal e intransferible que brota desde lo más profundo del ser, que en los primeros momentos lo hace de forma espontánea, pero después es necesario reeducarla cuando se pierde el estado originario. Frente a esta actitud profunda la persona tiene la certeza de haber sido alcanzada por la verdad.

La actitud religiosa es una respuesta íntima a la llamada profunda que el hombre siente por lo único atrayente y amable, Dios. “Nos hiciste Señor para ti y el alma está inquieta, sin sosiego, atraída por el amor”. (*Las Confesiones*, i, 1, 1)

El bautizado está habitado por la Trinidad que forma una unidad con su propio ser, pero no siempre es consciente de esa presencia ni de su capacidad transformante. Esa transformación interior del Espíritu se puede dar desde los primeros momentos de la vida convirtiéndose en una experiencia religiosa singular que el niño no sabe identificar y mucho menos explicar. Hay que considerar lo difícil que es explicar la acción del Espíritu, especialmente cuando no se dispone de un lenguaje que permita verbalizarlo.

I.3 Dimensión social: participación institucional

La persona es un ser que logra su identidad con los otros. Su soledad ontológica desaparece exclusivamente cuando establece una relación personal (Burgos, 2005, p. 277). En definitiva, el hombre, es un ser comunitario reflejo de la comunión trinitaria que, desde su origen, es invitado a vivir con los demás en intrínseca relación, no solo de manera funcional sino estructural.

La relación con los demás permite aprender el misterio que envuelve al ser humano, pues en él existen elementos comunes exclusivos de su humanidad y aspectos esencialmente originales y diferentes propios de su personalidad.

En la madurez humana es esencial la dimensión comunitaria. Del mismo modo que lo es para un crecimiento espiritual que se hace concreto en el seno de la Iglesia, el cuerpo de Cristo, pero dentro de una comunidad concreta y real.

El niño, desde su origen lleva en su naturaleza la marca de su dimensión social, pero además al ser incorporado a la Iglesia por el Bautismo sufre una transformación óptica que le hace miembro de un mismo Cuerpo. La catequesis ha de suscitar ese sentido comunitario, además de ofrecer las normas y valores de la vida común que otorga al niño seguridades como elemento constitutivo de su identidad. El niño no llega a saber quién es realmente sino en la Iglesia.

Por otra parte, introducir al niño en un ámbito comunitario facilita su capacidad de donación y entrega y le ayuda a superar su egoísmo e individualismo, que puede encerrarle en su propia prisión.

I.4 Dimensión moral: comportamiento religioso

Junto a la identidad la búsqueda de la autonomía personal es otra gran meta para el ser humano. Nadie que vive en la heteronomía goza de libertad sino que es sencillamente esclavo, porque el hombre en su naturaleza está hecho para personal y libremente decir “sí” a Dios. La persona es un ser moral, capaz de conocer el bien y el mal y hacer una opción, aunque esta capacidad queda eclipsada por la sombra del pecado.

El niño tiene como tarea que debe aprender progresivamente, que la moral no consiste en adquirir un conjunto de normas que permiten vivir de forma correcta en un momento concreto, sino que debe descubrir que, sobre todo, consiste en vivir virtuosamente de acuerdo a un ideal en el que se ha descubierto la verdad.

El comportamiento religioso no se agota en la realización de una serie de ritos y costumbres que no logran calar en la vida del niño. Tampoco en el cumplimiento de unas normas comunitarias que igualan a los miembros que las viven. El comportamiento en el desarrollo espiritual es la consecuencia profunda de una transformación, de un encuentro al que sucede una conversión que empuja a vivir de acuerdo con aquello que le ofrece la salvación.

Los catequistas somos responsables de ayudar a los niños a reconocer el encuentro y de ir haciéndoles conscientes del cambio que en ellos se va a ir produciendo. Esta experiencia es imposible si no se la ha vivido personalmente.

I.5 Dimensión espiritual: diálogo con Dios

Cuando la filósofa judía Stein define la estructura del ser humano describe la espiritualidad como la apertura y el despertar de la persona a su propio misterio y al de Dios. Por eso afirma: “No sólo soy, y no sólo vivo, sino que sé de mi ser y de mi vida y todo esto es una misma cosa (...) la vida espiritual es una saber originario acerca de cosas distintas de sí misma”.

La espiritualidad es una realidad íntima, potencial y global de la persona que trabaja en un orden más profundo. Se vive en el sujeto como algo dinámico e intencional que reclama la consciencia, el sentido de la vida y la trascendencia. Mediante la espiritualidad somos capaces de “poner distancia” frente a todo, alcanzando un significado nuevo para la realidad y para la forma de vivir la propia existencia (Torralba, 2011. P. 54). Esta dimensión está arraigada en lo profundo del ser y capacita para el asombro, la admiración y la atención plena, cuando existe la capacidad de vaciamiento mediante el silencio y la paciencia y la constancia para aguardar el momento oportuno, el tiempo de Dios.

El desarrollo de la dimensión espiritual es mucho más lento, más exigente, más silencioso y más oculto que el resto de las dimensiones del niño, y por eso solemos pasarlo por alto y no llegar a percibirlo. Requiere más condiciones y mejores cuidados para su crecimiento, entre ellos, la libertad e intencionalidad de la persona, el silencio, la constancia en la tarea y el despojamiento personal.

El hombre, capacitado en su naturaleza para el diálogo con Dios, ha de esforzarse por cultivar las condiciones requeridas que lo hacen posible, a través del cultivo de la capacidad espiritual. La persona ha de descubrir que la iniciativa del encuentro dialogal es siempre divina (Carvajal, 2014, p. 82), pero, a la vez, ha de creer que la respuesta a esa llamada supone un ejercicio de su libertad asistida y capacitada por la gracia. Dios invita y el hombre responde libremente, pero la posibilidad de esa respuesta es, a la vez, capacitación divina desde el don para contestar a la conversación iniciada por el Creador. En el niño pequeño esto se da de manera originaria, pero con la experiencia de la vida y la acción de otros se va oscureciendo progresivamente y hay que trabajar por hacer luz en el proceso originario de nuevo, como dice Jesús: “es necesario nacer de nuevo” (Jn 1, 13).

I.6 Dimensión religiosa: acto de fe

El ser humano, poseedor de una dimensión espiritual, es capaz de dar un paso más adhiriéndose a Dios. La dimensión religiosa supone una respuesta a una iniciativa divina que se descubre como salvadora.

Dios llama al hombre que se convierte y cambia el rumbo de su vida volviéndose hacia Dios. En el encuentro entre Dios y el hombre se provoca un cambio profundo que resulta transformante, y tras esta relación la persona libremente responde a la invitación de Dios con un acto de fe. Se adhiere a un credo que comparte con toda la Iglesia.

II La madurez humana como fruto de la unidad personal

Hablamos de una persona madura cuando se ha logrado en ella una identidad y autonomía personal fruto de un vínculo entrelazado de todas las dimensiones de supersona, en que se respetan las diferencias entre ellas, se reconocen sus

singularidades y se acepta la intrínseca influencia de unas sobre otras. Alguien que posee una unidad de vida en la que ha logrado unificar en su Yo existencial profundo los deseos de independencia que se le ofrecen a cada una de sus dimensiones.

Juan Pablo II habla de la experiencia de unidad en la persona remitiendo a la composición compleja de su ser (Wojtyla, 2011, p. 271), y apela a la metafísica como única vía para comprender el misterio del hombre. Reconoce la incapacidad del ser humano para conocer la vivencia de su alma y diferenciar la existencia del alma y su naturaleza espiritual. Se da cuenta de que es posible conocer la experiencia espiritual por sus efectos (auto-posesión, auto-determinación) y a partir de ahí, buscar la causa de dicha experiencia. Además, también es posible conocer el contenido de la vivencia del alma, que siempre es fruto de lo que se provoca con la trascendencia de la persona en la acción: deber, responsabilidad, verdad, auto-determinación y la acción del Espíritu sobre ella.

La razón que nos permite decir que la unidad de la persona viene de la dimensión espiritual está en que la vivencia del alma provoca la unidad de la persona, no solo con los contenidos propios de la interiorización del hombre, sino que abarca en ellos y mediante ellos, el «Yo» espiritual del hombre.

III Lo específico de la dimensión espiritual

En el dinamismo espiritual es importante diferenciar diversos aspectos que configuran el fluir del interior de la persona que permanece y cambia a la vez. Entre ellos es importante distinguir, al menos, tres aspectos: la religiosidad o estructura religiosa de la persona, la experiencia y el crecimiento espiritual.

III.1 Religiosidad: estructura humana

En el desarrollo espiritual contamos con dos agentes protagonistas totalmente desiguales. Uno de ellos, el ser humano; otro, de mayor importancia, el Espíritu Santo. La acción del segundo actor es tan misteriosa que no se puede explicar de manera excesivamente reflexiva sino abierta a la gracia, en la que se conjugan la experiencia humana y la acción de Dios (Carvajal, 2014, p. 87).

La religiosidad puede ser definida con distintas acepciones, pero todas ellas han de confluir ineludiblemente siempre en torno a la estructura humana en la que aparecen todas sus dimensiones: intelectual, afectiva, conductual, etc. Podemos definirla como: “toda conducta, actitud, creencia que tenga carácter religioso, independientemente de su origen (la experiencia personal, la tradición, el aprendizaje o la rutina) y de toda valoración (madurez, sanidad, profundidad, intensidad)” (Ávila, 2003, p. 57).

El trabajo en el ámbito catequético debe dirigirse a todos los aspectos, pues no se trata de transmitir solo contenidos religiosos, o de hacer a los niños muy sensibles ante lo espiritual, sino de ayudar a consolidar una madurez humana, en la que pueda haber una respuesta libre a la llamada de Jesucristo para su seguimiento. Para llevarlo a cabo es importante conocer todos los rasgos de las dimensiones de la persona y las diferentes características que manifiesta en cada etapa evolutiva. El hombre no piensa, ni actúa, ni quiere de la misma forma en cada una de las etapas.

En la dimensión intelectual de la persona nos encontramos con la estructura mental configurada por diferentes esquemas mentales interrelacionados, así, como con los contenidos que lo llenan, entre los que destacan la imagen de Dios, el concepto de Dios y las creencias que pertenecen al depósito de la fe. El crecimiento de la dimensión espiritual tiene que ver con el desarrollo evolutivo que sufre un proceso madurativo, con la experiencia vivencial consentida o recibida, y con el aprendizaje de los elementos simbólicos de la cultura.

El conocimiento de Dios no se desarrolla sólo por un proceso intelectual, sino también mediante el aspecto afectivo, en el que intervienen los sentimientos y las emociones. En esta dimensión existe una fuerte influencia de la religiosidad materna. Así encontramos que hay niños muy abiertos a los sentimientos religiosos y a sus expresiones. En este aspecto se sitúan las actitudes religiosas: asombro, agradecimiento, temor, confianza y miedo, siendo muy importante suscitarlas, valorarlas y expresarlas desde los comienzos de la vida mediante la conversación, la oración y el canto.

Y, por último, aparecen los aspectos de socialización religiosa vinculados al sentido de pertenencia a la comunidad, al culto y a la celebración. En este aspecto la influencia más consistente es la familiar, especialmente la materna, la escolar y la catequética. En el desarrollo de esta dimensión social se aprenden las conductas religiosas más comunes, los ritos, las costumbres y tradiciones que permiten a la persona sentir la seguridad de vivir en común y compartir con los otros la misma tarea.

III.2 Experiencia espiritual: la revelación gratuita de Dios

El profesor Ávila define la experiencia religiosa (espiritual) como “una experiencia inmediata y prerracional, íntima y personal” con independencia de que se tenga o no una vivencia religiosa en plenitud”. Se trata de una experiencia espiritual que acontece en la persona por iniciativa divina (Carvajal, 2014, p. 84) generando en ella una conciencia, pero sin el compromiso de que deba ser aceptada.

Cuando la experiencia religiosa se produce en un niño no es fácil que él sea capaz de identificarla, por lo que es necesario acompañarle y educarle para que aprenda a diferenciarla y para hacerle consciente de ese don.

La experiencia espiritual es una donación de Dios que irrumpe gratuitamente en la vida del hombre, estableciendo un diálogo de amistad con él. Se trata de una manifestación amorosa de Dios, en la que Él desvela su misterio; es algo distinto de lo reflexivo o lo intelectual, aunque se hace presente a través de esas dimensiones porque se muestra como una evidencia profunda y desbordante.

En la experiencia espiritual no tiene ninguna importancia la estructura de la persona, aunque la necesita como presupuesto. Esa estructura sí es necesaria para la expresión externa de lo que ha acontecido y es diferente cuando es explicada o verbalizada en un niño o en un adulto. En la expresión de la experiencia intervienen todas las dimensiones de la persona, de manera especial su desarrollo cognitivo.

III.3 El crecimiento espiritual

El crecimiento espiritual es el acercamiento progresivo de la persona concreta al modo personal de ser para el que ha sido llamada desde el origen por Dios en la creación. La aproximación al modo en el que Dios le pensó, es decir, a la *santidad* (Wood, 2012, p. 95). Apunta siempre hacia una dirección que no termina en la vida histórica sino que continua en la eternidad.

El primer paso para crecer en este terreno es descubrir conscientemente que el ser humano no está hecho para la muerte sino para la vida, difícil experiencia que no resulta evidente para las personas adultas. El niño, por el contrario, en los primeros años vive de manera natural esta realidad y en su pensamiento no aparece en ningún momento la muerte como algo definitivo o invencible.

En el crecimiento espiritual confluyen dos cosas totalmente dispares: por una parte, el desarrollo madurativo del niño que le dispone a comprender lo religioso y a aprenderlo,

y las experiencias religiosas que acompañan a su proceso formativo; por otra, mucho más importante, la acción de Dios como formador que actúa sobre la persona transformándole en la medida que responde a su llamada: “el camino formativo del hombre es obra de la providencia divina. Dios ha dado al hombre su disposición natural y se la ha dado en forma de una semilla que está determinada al desarrollo y a la evolución” (Stein, 2003, p. 192). “Él ha hecho el proceso evolutivo dependiente de factores externos y de la libre voluntad del hombre, aunque se ha reservado para sí una forma particular de intervención, la gracia”.

El presupuesto principal para el crecimiento en el orden del espíritu es la *confianza* en que Dios no descansa, para que el hombre, a quien ama intensamente, acoja su invitación y se acerque a la plenitud para la que ha sido creado. Dios ha hecho al hombre con ansia de Él y, aún sin saberlo, siente ese deseo infinito de su cercanía. Esto es evidente en el niño pequeño y deja de serlo a medida que aparece la razón en el ser humano.

Para trabajar el desarrollo espiritual es necesario crear un contexto propicio que facilite la relación originaria entre el hombre y Dios. En el silencio y la quietud el hombre aprende a descubrir el desencanto de lo fugaz, experimentando la decepción que provoca la realidad, que no llega a colmar la soledad originaria que posee (Juan Pablo II, 1979), pero, a la vez, el hombre siente una fuerza en su interior que le atrae hacia Dios (San Agustín. *Confesiones*). El hombre no es un ser vacío, por eso, la tarea del educador consiste en ayudar a despertarle en la idea de que no está hueco por dentro sino lleno de un tesoro incomparable. Ninguna catequesis que trabaje desde otra referencia puede llevar al niño a encontrar la verdad; fomentará más o menos la práctica religiosa pero no suscitará, a la larga el encuentro entre el hombre y Dios.

El catequista es el enviado para acompañar el trabajo divino que se va operando sobre la persona y hacerle consciente del don de su ser y de la continua tarea de Dios en su vida. Este acompañamiento se hace siempre con el consentimiento de la persona (o bien de sus padres según la edad), quien da su “sí” a Dios y deja que obre en él el Espíritu. “Él puede transformar la naturaleza y así influir, desde dentro, en el proceso formativo, de tal manera que resulte sorprendente y asombroso sobre todo para aquel a quien le sucede” (Stein, 2003, p. 191).

Edith Stein, contrariamente a la propuesta de algunos psicólogos de la Religión (Vergote, 1975, p. 253) que se centran en la religiosidad o en la experiencia religiosa, hace una propuesta interesante sobre el desarrollo espiritual, que denomina el “arquetipo”.

La santa afirma en sus escritos que cada persona lleva desde su origen incoada en su interior una semilla de plenitud, que ha de desarrollarse a lo largo de toda la vida hasta llegar al máximo. Ese potencial no progresa de manera espontánea, a pesar de ser común a toda la naturaleza humana, sino que necesita de un proceso educativo que lo desarrolle. Para contribuir a ello, la autora propone un proceso formativo desde el *interior* de la persona hacia el *exterior*. Con este método intenta evitar en la formación una simple imitación del que forma, o la reproducción de cualquier modelo, por bueno que sea, para proponer un auténtico crecimiento en armonía con la naturaleza creada.

La autora habla de la existencia de un modelo universal de hombre y de una meta particular para cada persona concreta, solamente conocida por Dios. Considera que en el hombre existe una determinación impresa en la naturaleza desde la creación, que ha de discurrir de manera paralela a la meta formativa. Dios ha puesto, dice, en el interior de cada persona la tendencia hacia la meta. “Dios creó al hombre a su imagen, pero sólo Él puede ver en plenitud esa imagen (...) nosotros la contemplamos en otras imágenes (...) en el Hijo de Dios y en la Palabra de la revelación”. De manera que nunca podemos conocer cómo ni cuándo se desarrolla nuestra imagen concreta para la

DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD Y TRANSMISIÓN DE LA FE

que fuimos creados, pero si podremos ver en Jesús y en la Sagrada Escritura los destellos que reflejan la imagen divina. El catequista, por tanto, está llamado a mostrar ambas imágenes con nitidez, para que cada persona pueda intuir de lejos la grandeza a la que ha sido llamado.

Con estos presupuestos, sor Benedicta de la Cruz, aconseja para el crecimiento espiritual algo en lo que es importante reparar. Se trata de ir progresivamente asimilando en nosotros, no imitando simplemente, la Imagen de Jesús tanto como podamos para que se transforme dentro de nosotros en forma interior y de esa manera que Él nos vaya formando desde dentro (Stein, 2003, p. 192-193). No se trata de generar conductas externas en el niño sino de generar actitudes interiores que inclinen a la persona a hacerse uno con Jesucristo como si se tratase de un anhelo interior de ser “el mismo Jesús”.

Se trata de ir evitando que Jesucristo se convierta en un modelo de vida externo que nunca logre penetrar en el interior. Siendo cierto que Jesucristo es maestro y que su estilo de vida y sus enseñanzas nos acercan a Dios, también es importante caer en la cuenta de que solamente es posible vivir como Él vivió por la transformación que obre el Espíritu en nuestro interior, y no generando una serie de conductas externas de vida que pueden llegar a ser “no” transformantes.

La persona de 0 a 6 años como ser de relación

I Preliminares de la Infancia

En una sociedad que sobreprotege a los niños no es fácil intuir realmente qué es la infancia ni cómo se ha ido configurando a lo largo de las diversas civilizaciones. Tampoco es sencillo comprender la prioridad que Jesús otorga en el Evangelio a los niños, ni el mensaje que ha querido hacernos llegar a través de los pequeñuelos. «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos» (Mt 19, 14).

La historia de la infancia es demasiado reciente, pues durante siglos la sociedad no llegó a reconocer la identidad del niño separada de la del adulto. Por el contrario, el niño fue despreciado e ignorado, cuando no sacrificado por su inmadurez. Siempre fue considerado como “un ser carente”, en espera, en el “todavía-no”, sin llegar a descubrir en él el valor *potencial* de un ser que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios igual que cualquier adulto e invitado a vivir en comunión con Él.

La Teología ha considerado la vida humana como un camino orientado siempre hacia adelante que no tiene fin, ni incluso después de atravesar el estado de la muerte.

Los estudios psicológicos la han definido como una continuidad de sucesivas etapas interrelacionadas, entre las que aparece la infancia. Cada una de ellas apoyada en el logro precedente que sirve como punto de despegue para nuevos aprendizajes, es decir, un desarrollo, en el que existen momentos de crisis y tiempos de reposo que alternan para permitir conocer y consolidar lo aprendido.

A lo largo de esta sucesión se han marcando edades y momentos específicos idóneos para crecer, aunque subjetivados por la personalidad del individuo. Dentro de los cuales es posible diferenciar distintos aspectos del crecimiento: evolución física, afectiva, intelectual, social, moral y religiosa.

Dichos aspectos se muestran como capacidades o facultades creadas por Dios en el ser humano, “potenciales” donados “talentos” que no siempre han de expresarse externamente en una acción o en una experiencia vital porque somos libres, pero frente a los cuales Dios nos ha regalado siempre una posibilidad.

La catequesis ha de llevar a la persona a un conocimiento personal como tarea prioritaria, para ser capaz de responder en cada etapa de la vida a la pregunta “quién soy”, “dónde está mi origen”, de manera que se pueda agradecer esa iniciativa gratuita de parte de Dios con cada uno de nosotros.

En el niño pequeño, a pesar del descuido con el que el tema ha sido tratado, se produce evolución espiritual. El progreso infantil se dirige a una toma de conciencia cada vez más firme sobre la unidad personal y esta no es posible sin el crecimiento de la dimensión espiritual del sujeto. El avance del desarrollo intelectual, afectivo y social del niño permite la adaptación progresiva al mundo exterior y al interior.

En *Pensamientos para una Teología de la infancia* Karl Rahner, presenta una interesante reflexión con unos presupuestos de los que vamos a partir para considerar el crecimiento espiritual al que vamos a contribuir como acompañantes.

“El niño es un hombre”

En la acción catequética hemos de considerar que el niño al que acompañamos encierra en su persona un misterio que no podemos descubrir porque ha de ser desvelado. Además como catequistas hemos de considerar que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, lo que le hace poseedor de una dignidad que no depende del reconocimiento externo, ni de la acción que realiza, sino de lo que él es.

El niño viene de Dios y tiene una relación inmediata con Él por la creación, lo que Von Balthasar llamará relación originaria (1988, p. 4). Dios le llama por su nombre, le conoce y dialoga con él, en él se hace presente su amor.

“El niño es un hombre que está al principio”

El niño es un hombre que comienza, un ser abierto que tiene todo por hacer, un misterio en el que es necesario aprender a ser lo que se es (Barrio, 2010. P. 33) y en el que Dios va desvelando su verdadera identidad. Conviene Rahner que desde el primer momento “es ya la unidad de espíritu y cuerpo, de naturaleza y gracia, de naturaleza y persona, auto-posesión y dependencia del mundo. Pero todo esto debe realizarse todavía, debe ser subsumido y experimentado”. El vínculo permanente entre el comienzo y el devenir es lo que hace del niño un misterio, en el que se da a la vez permanencia y cambio. Se trata de una vocación en la que Dios está presente en su persona, y a la que el catequista acompaña.

“El niño es un comienzo en tensión”

El niño, criatura individual, en relación intrínseca con Dios por su naturaleza, comienza su historia pero no la historia. Nace en un contexto y en una realidad que está hecha con la experiencia de muchos otros hombres en los que se ha obrado la acción salvadora de Dios, en ella hay creencias, valores y testimonios de vida.

Su historia va a ser parte de una humanidad caída por el pecado que le aleja del estado originario, pero redimida en Jesucristo para restaurar su unión al Padre. Por eso experimenta en su vida la contradicción entre la “beatitud de una gracia original y de una gracia posterior y de una redención, que él mismo experimenta y deja actuar en él” (Rahner); es decir, la atracción irresistible de su origen, cuyo modo de ser mira hacia una zona originaria en la que todo acontece hacia lo correcto, lo verdadero y lo bueno (Balthasar, p. 14) y la atracción del mundo, que se ha ido desviando de ese momento originario.

“El niño es un niño”

Por ser niño no posee aún la autonomía personal propia del adulto sino que reclama la experiencia de sentirse seguro, a salvo, protegido. Esta disposición le abre con frescura a una confianza y disponibilidad hacia el otro y hacia Dios. Es más receptivo y posee virtudes que los adultos ya han perdido, particularmente la esperanza. Se encuentra pues en las condiciones óptimas para descubrir el misterio de Dios que se presenta como amor y cercanía y le invita a abandonarse en Él.

II Definir la Infancia temprana y la Primera infancia

Antes de definir cualquier aspecto de la infancia es importante caer en la cuenta de que al nacer el ser humano es el ser más indigente de todos los animales. Por sí solo no sobreviviría en ninguna circunstancia y, además, su proceso de maduración es el más lento de todos los seres vivos. Lo que apunta a la necesidad de un singular acompañamiento.

Esta debilidad implícita en su naturaleza le hace desde su concepción ser relacional y le pone en dependencia de los que le rodean para garantizar su propia existencia.

En el desarrollo humano hay que establecer una diferencia entre los primeros dos años de vida y el resto de la infancia. En este tiempo se produce un progreso madurativo rápido que permite al sujeto mostrar los primeros signos madurativos.

Sentada esta primera base es oportuno decir que la mayoría de los psicólogos del desarrollo consideran que la personalidad se construye con una doble influencia: la dotación genética y la influencia ambiental. Es en este punto externo donde, junto a la familia, los catequistas vamos a ejercer influencia para el crecimiento madurativo del sujeto.

La personalidad es la simbiosis de diversos factores interrelacionados que se encarnan en la individualidad y unicidad de una persona. Es el rasgo propio de la persona que permite que cada uno seamos diferentes. Ahora bien, cuando hablamos de persona estamos haciendo referencia a una subjetividad concreta que se muestra como un todo, un ser integral, en el que aparecen muchas dimensiones que se amalgaman bajo una unidad.

Al hablar de persona nos referimos a rasgos biológicos, fisiológicos, psicológicos y espirituales que permiten la relación consciente o inconsciente, que depende de la edad y del medio en el que nos movemos. Estamos hablando de relaciones afectivas y relaciones perceptivas que configuran la identidad del niño.

El enfoque correcto de las relaciones con el medio, padre-hijo, familia y escuela, relación de iguales, profesor-alumno, niño-catequista, será la mayor influencia sobre la maduración personal del catecúmeno. Las experiencias de los seis primeros años de vida fundamentan el desarrollo de la personalidad, construyendo una urdimbre en la que va a ir insertándose el resto de los acontecimientos vitales.

De la naturaleza y del modo de desarrollarse las relaciones, dependen, en gran medida, las características fundamentales de la futura existencia individual y social. En particular, el nivel y la calidad de la vida intelectual, los sentimientos, las actitudes y los comportamientos que se manifiesten en la edad adulta. Dada esta trascendencia, el educador debe tener bien presentes las características fundamentales del desarrollo de la personalidad.

II.1 Rasgos de la personalidad del niño de 0 a 2 años

En los dos primeros años de vida podemos diferenciar algunos ámbitos que nos permitan abarcar el proceso madurativo: identidad y autonomía personal, comunicación y lenguaje y descubrimiento de la realidad donde vamos a encontrar el universo religioso. También podría estudiarse al niño desde las distintas dimensiones que aparecen en su persona, pero seguramente quedaría empobrecido el argumento, puesto que la separación en ámbitos nos obliga, a la vez, a distinguir las dimensiones personales.

A Identidad personal y autonomía (0 a 2 años)

La meta más clara en esta corta edad es la construcción de los cimientos para alcanzar la identidad y la autonomía personal, con el fin de que la persona pueda contestar en el futuro a la pregunta de sentido: "quién soy". Evidentemente la respuesta, en este

periodo, no tiene alcances filosóficos, sino que se reduce al hecho de que el niño descubra que es un “Yo concreto” y en relación con los demás, al que se le otorga un nombre. Rasgo esencial que debe ser usado para introducirle en la relación con Dios como obra suya.

Aunque no es posible trazar un esquema universal para los niños de los dos primeros años, si es posible decir que en este tiempo, la mayoría de los niños ha logrado una cierta autonomía física y psicológica. Sin llegar a pensar que el niño es capaz de dominar el espacio o de establecer relaciones con aspectos externos.

Para alcanzar la identidad personal el primer requisito es conocer el *desarrollo físico-motor* de la infancia temprana. Descubrir la existencia de los dos aspectos fundamentales de este desarrollo: el sensitivo y el motor y la superación de la idea de que el niño responde exclusivamente por estímulos, pues si solo lo consideramos así se trataría exclusivamente de un animal.

Desde el desarrollo sensitivo el niño inicia su conducta adaptativa a través de los estímulos que de forma pasiva recibe del exterior, que padece. Con el desarrollo motor, sus propias acciones y movimientos son los que permiten acumular experiencias como sujeto activo.

Al nacer el niño es desproporcionado, lo que imposibilita ciertas posturas que le permiten conocer la realidad. Cuando se alcanza la proporcionalidad del cuerpo va a ser posible la autonomía del niño emprendiendo la marcha.

El sistema nervioso permite coordinarse entre sí y relacionarse con el medio ambiente, así como buscar el equilibrio. La maduración del sistema esquelético y el desarrollo neurológico permiten, siguiendo diversas leyes, el movimiento. El desarrollo motor se inicia a partir de los actos reflejos e involuntarios hasta llegar a la ejecución de movimientos intencionales y automáticos. Hacia los dos años la autonomía permite explorar el medio y manipular los objetos, de manera que si en el contexto existen elementos y símbolos religiosos el niño podrá descubrirlos.

El niño experimenta sensaciones internas y externas a través de las cuales acumula sus propias experiencias. Cuando las experiencias se suceden el niño es capaz de diferenciar un estímulo de entre un cúmulo de sensaciones, apareciendo un proceso mental de orden que llamamos percepción.

La sensación hace referencia al objeto mientras que la percepción hace referencia al sujeto que vive la experiencia del objeto.

El *desarrollo cognitivo* del niño supone el conjunto de cambios que permiten percibir, comprender la realidad y resolver problemas; lo que desembocará más adelante en la posibilidad de llegar a pensar. Evidentemente la función cognitiva del momento es básica y asociada a la memoria donde se adquieren, se almacenan y se recuperan pequeñas informaciones.

Un poco más adelante, casi rondando los dos años, encontraremos los rudimentos de las funciones cognitivas superiores asociadas al pensamiento y al lenguaje, dentro del cual es posible incluir lo religioso.

El primer estadio del desarrollo cognitivo temprano es el sensorio-motor. Dispone de una inteligencia práctica que pone en juego los sistemas sensoriales y la acción motora. Mediante la inteligencia sensorio-motora comienzan los intercambios con el medio siguiendo ciertos esquemas sensoriales (representación) o motrices (acción física), mediante unas pautas de acción diferenciadas, repetibles, generalizables y mejorables.

Inicialmente el bebé repite sus esquemas de acción en toda clase de objetos y situaciones, proceda o no. Mediante estas acciones se va estructurando la mente.

En este tiempo se producen las primeras relaciones entre la acción del sujeto y el mundo de los objetos, desarrollándose la intencionalidad y apareciendo el conato de la moralidad, que no será evidente hasta que se tenga conciencia del Yo.

Entre las habilidades cognitivas la más significativa es la actividad representativa, en la cual va a quedar incluido el concepto y la imagen de Dios. Se va desarrollando la memoria de reconocimiento y de evocación y como consecuencia será posible en el futuro reconocerse como ser histórico. Aparece también la permanencia del objeto. Se da una relación entre la causalidad y el espacio y aparece el juego simbólico o de simulación.

A medida que se acerca hacia los dos años posee además capacidad para desarrollar fantasías de diverso tipo, si bien, le falta aún, un claro sentido de la distinción entre el plano de la realidad y el plano de lo irreal.

En el desarrollo cognitivo adquiere un lugar relevante el desarrollo del lenguaje que progresa desde los ruidos y balbuceos del protolenguaje, a las primeras palabras subjetivas y al uso común de la lengua con expresiones muy sencillas.

Ya desde el año y medio conoce los nombres de muchas cosas entre las cuales hay que incluir las del ámbito religioso y siente curiosidad por descubrir los objetos que aún ignora, sabe expresar verbalmente sus deseos y sus necesidades básicas. Es capaz de comunicarse verbalmente con los otros, acompaña y subraya con lenguaje verbal sus actividades lúdicas, hecho muy importante para el comportamiento religioso.

En el *desarrollo socio-afectivo*, desde el nacimiento, manifiesta una dimensión afectiva que muestra emociones básicas¹ expresadas en **conductas** que reflejan la respuesta emocional, como la risa, el miedo, el llanto, el asco o la cólera. Un poco más tarde (3 años) aparecen las emociones socio-morales: orgullo, vergüenza y culpa, que indican la incipiente separación entre el yo personal y los otros.

El desarrollo de las emociones está siempre ligado a la interacción con los otros, especialmente con la madre estableciéndose vínculos afectivos. Las relaciones afectivas se sitúan en el ámbito familiar, en donde se aprende a controlar los impulsos y emociones. Estas relaciones están condicionadas por el entorno.

Las primeras conductas son de apego hacia con los más cercanos buscando la supervivencia y la seguridad. Si la vida familiar se desarrolla en armonía y solidaridad entre los miembros el niño adquiere un sentido de seguridad que ayuda a su identidad.

II.2 Rasgos de la personalidad del niño de 2 a 6 años

La infancia temprana se orienta hacia la diferenciación entre el niño y el mundo que le rodea. Sin embargo, es mucha la tarea que queda a lo largo de la vida hasta llegar a tomar conciencia del propio "Yo".

¹ El desarrollo afectivo se clasifica, según Wallon, en diversos estadios:

- 1 **Estadio impulsividad motriz y emocional** (0-1 años). La emoción permite la relación con el medio, especialmente con la madre.
- 2 **Estadio sensorio-motor** (2-3 años). La emoción está sujeta a la sensación motriz.

A Autonomía personal (2 a 6 años)

La autonomía personal permite al niño desenvolverse en el medio como ser individual, único y creativo y ocupar un puesto en la sociedad. Está directamente relacionada con las necesidades del hombre y con la originalidad de cada persona.

El desarrollo físico-motor de la primera infancia permite los primeros logros en el plano de la psicomotricidad y el movimiento. La progresiva maduración neuromuscular pone los fundamentos para el aumento de destrezas psicomotoras.

El desarrollo psicomotor supone la evolución del esquema corporal de manera que el niño adquiere conocimiento, conciencia y control del propio cuerpo a través de la relación que mantiene con otras personas y objetos. Los primeros movimientos son anárquicos y no responden a ningún tipo de esquema mental. Las coordinaciones perceptivo-motoras se hacen cada vez más finas (empleo de la mano y de los dedos en el uso cada vez más seguro, preciso y diferenciado de objetos, instrumentos y material para actividades constructivas, expresivas y lúdicas; capacidad de moverse siguiendo cierto ritmo y de correr de modo diferenciado; adquisición de hábitos motores relativos a la limpieza, al vestirse, a la alimentación, etc.).

Entre los 5 y los 6 años aparece una imagen corporal integrada y global, se adquiere, además, la lateralidad y el equilibrio, lo que permite al niño organizar el mundo a partir de sí mismo, aunque aún es incapaz de tener una representación de su cuerpo en movimiento.

B Identidad personal (2 a 6 años)

El ser humano aparece en la vida como una “individualidad” que le diferencia de cualquier otro ser; sin embargo, al principio, carece del sentido de su propia identidad, aunque dispone del potencial necesario para ir desarrollando. En su naturaleza aparece la tendencia a la actualización de sí mismo y a conservar y enriquecer el propio Yo.

El proceso de convertirse en persona conquistando la identidad personal no es solo desarrollo natural, sino que requiere, además de un largo proceso de aprendizaje, la ayuda de la gracia.

A través de las experiencias, entre las cuales no se excluye la religiosa, el niño actualiza su yo y lo interpreta logrando una manera particular de sentirse y percibirse, la autoimagen. Autoimagen que se confirma o no por los gestos, palabras o comportamientos de los que le rodean. Este aspecto es sumamente importante en el acompañamiento espiritual y exige la prudencia suficiente para conocer al otro.

En el *desarrollo cognitivo* existe una inteligencia preoperatoria caracterizada por el pensamiento simbólico o pre-conceptual, en el que se produce un crecimiento rápido de la función simbólica. Aparece el preconcepto sobre un objeto, animal o persona concreta, pero no se llega a universalizar. Por ejemplo, un niño identifica lo que conlleva el término templo (iglesia) pero solo lo refiere al que él asiste.

Esta evolución cognitiva se debe a la aparición de la capacidad para representar un significado (cosa, acontecimiento, persona) por medio de un significante diferenciado, que sirve para esa representación (palabra, dibujo, sonido).

La actividad representativa realiza progresos notables, de manera que las conductas habituales pueden expresarse mediante una imitación diferida o la repetición de una conducta en ausencia de modelo, el juego simbólico, el dibujo o la imagen gráfica

realista (el niño dibuja lo que sabe del objeto y no lo que ve), la imagen mental interiorizada y el lenguaje.

En las representaciones mentales aparecen tendencias egocéntricas y de creencias animistas, así como una cierta inclinación a la fabulación que produce distorsiones de la verdad. Despega una actividad del pensamiento pero aún hay gran espacio para los elementos de carácter intuitivo y afectivo.

Las dos habilidades cognitivas que sufren un avance más significativo son la memoria y el lenguaje. Hacia los seis años el niño ha desarrollado ciertas estrategias de la memoria para mantener la información y organizarla, una riqueza para el contenido religioso.

Respecto al lenguaje hay un aumento del vocabulario debido al interés por denominar todo lo que ve y aumenta la capacidad de establecer conexión entre los significados. Utiliza frases cada vez más complejas y desarrolla una capacidad comunicativa abandonando el lenguaje egocéntrico por el socializado.

En el *desarrollo afectivo-social* la autoconciencia de uno mismo y la comprensión de los demás evolucionan de forma apreciable respecto de los años anteriores. Además, las relaciones sociales se hacen cada vez más complejas, lo que contribuye a crearse un «Yo» en relación con los demás. El Yo se forma de manera progresiva a medida que surge la autoconciencia de la individualidad. Se suceden las siguientes fases: 1) auto-reconocimiento o capacidad para reconocer la propia imagen (2 años); 2) auto-definición (3 años) para identificar los propios rasgos externos; 3) descubrimiento de los principales rasgos psicológicos (5-6 años). En esta identidad personal es necesario descubrirse en relación con Dios, como un ser querido por Él.

Uno de los rasgos fundamentales para comprenderse a uno mismo es la adquisición de la identidad sexual, que ha de educarse para que además de reconocerse pueda expresarse en los comportamientos, y, especialmente, en los juegos.

Elemento clave en este proceso es el desarrollo de la conciencia de uno mismo (sujeto moral), a partir del cual crece el sentimiento de autonomía por contraste a la dependencia que aún se tiene de los otros. Esta autonomía se expresa en formas de conducta como el negativismo (2-3 años) o la contradicción a lo que se le propone. La negación puede ser funcional o afectiva. Hacia los 5 años ambas empiezan a confluir porque se intensifican los deseos e iniciativas de independencia, pero asumen ya ciertas dosis de frustración al fracaso.

Otras emociones propias de la edad son el miedo y el temor, este segundo vinculado a una actitud religiosa. En general ambas emociones son provocadas por personajes fantásticos o imaginarios (fantasmas, ogros, etc.) o, por situaciones de la vida real (tormentas, animales, etc.) El origen de la situación afectiva puede deberse a cuestiones culturales, a cuestiones endógenas como sensación de debilidad, de impotencia o incapacidad para diferenciar entre fantasía y realidad; pero también a experiencias religiosas ante las cuales aparece el asombro frente a la grandeza de Dios.

Las relaciones afectivas de carácter positivo o negativo se centran en las figuras familiares, los profesores, los catequistas y los iguales. Cuando son negativas en el terreno afectivo familiar complican la vida afectiva del niño, e introducen nuevas experiencias que hacen madurar su personalidad.

El niño aprende a interpretar la expresión de sus emociones en función de cómo son acogidas en el entorno. Afectivamente necesita un ambiente pacífico y armónico porque tiene necesidad de estabilidad y protección. Un ambiente equilibrado en el terreno

afectivo puede traducirse en una primera forma de sensibilidad religiosa. De hecho este aspecto es en el que tienen que trabajar los catequistas junto a la familia.

C Comunicación (2 a 6 años)

Hacia los tres años, en la *dimensión social*, se han dado transformaciones de la personalidad que le permiten incorporarse a una comunidad distinta de la familiar. El niño está ya maduro para las nuevas situaciones en el terreno afectivo y social.

La conciencia de la propia identidad discurre junto al conocimiento de lo social. La auto-percepción supone la capacidad de percibir a los demás como sujetos de pensamientos e intenciones. La percepción del otro aún es global, de manera que la persona es buena o mala en todos los aspectos. Además, la percepción está sujeta a cambios rápidos y complejos que guardan relación con las experiencias recientemente vividas. Las atribuciones que hacen tienen contradicciones internas que ellos no perciben.

La incorporación a la escuela facilita la relación con los iguales, lo que permite comprobar que existen otros puntos de vista y de intereses distintos del propio. Hacia los 4-5 años se descubre la necesidad de reglas sociales y de normas morales.

Según la teoría cognitivo-evolutiva de Piaget y Kohlberg la moralidad del niño de la primera infancia es heterónoma, lo que supone que el valor de la norma está ligado a las personas que lo dictan, los adultos que representan la autoridad. La trasgresión de la norma es objeto de sanción, por lo que es bueno además incorporar la posibilidad de perdón. Los niños viven un realismo moral que les impide entender las excepciones, aunque progresivamente se harán capaces de juzgar la bondad o maldad de la norma sin vincularla a quien la dicte.

Viven un estadio preconventional caracterizado por una moralidad regulada por normas externas que vienen de la autoridad. Una norma vinculada a un castigo, de manera que, el bien sea evitar el castigo de la autoridad, lo que conlleva el cumplimiento. El juicio moral es egocéntrico lo que impide reconocer los intereses de los demás por no reconocerlos diferentes a los suyos.

Un rasgo importante en la dimensión social es la escasa relación, al principio, entre cumplir o no la ley y un comportamiento altruista. Es hacia los 5 años cuando los niños empiezan a tener sentimientos de lástima frente a sus iguales, intentando ayudar en algunas situaciones.

En los comportamientos sociales aparece también entre los 2 y los 3 años la agresión como comportamiento que daña al otro. Hacia los 5 se convierte en una agresión instrumental y en hostilidad que expresan la incapacidad para la frustración. Existen elementos genéticos que determinan la agresividad, pero también hay una influencia grande del contexto cultural, especialmente, de los medios de comunicación. Es necesario educar con un sentido religioso para evitar los daños frente al otro.

Por último en esta etapa emerge el juego social, actividad en la que los niños interactúan con otros niños. Entre los 2 y los 3 años se da el juego paralelo, y entre los 3 y los 4 se produce el juego asociativo en que las acciones de los niños son similares pero no idénticas, se intercambian materiales, dialogan, pero no subordinan el interés individual al de grupo ni tampoco buscan estrategias comunes para conseguir una meta. A partir de los 5 años empieza el juego cooperativo, que supone desempeño de roles.

El hombre como ser religioso y moral

I La religiosidad en el niño

Desde el nacimiento el ser humano lleva en su interior la huella de la desproporción entre lo que es y lo que aspira a ser. En él aparece un deseo por superarse a sí mismo que se expresa en un afán por descubrir el medio que le rodea. Por eso decimos que la persona es un ser abierto a la realidad y a los demás. Superarse a uno mismo no es instantáneo, sino una tarea que se lleva a cabo a lo largo de toda la vida.

Según afirma Urs von Balthasar², los modos de ser del niño en la primera infancia muestran una *zona originaria* en la que todo acontece hacia lo correcto, lo verdadero y lo bueno. Se trata de un estado de protección escondido que contiene un momento de santidad. Un momento de fragilidad que debido a la consecuencia del pecado original y a las tentaciones externas se puede resquebrajar.

Los años de la Infancia son básicos para la estructuración de la personalidad, lo que convierte el momento en idóneo para el despertar religioso. Mediante la vivencia de valores humanos fundamentales, el niño va descubriendo la dimensión trascendente de su propio ser, de la sociedad y de la historia. El catequista debe ayudarle a generar actitudes básicas, humanas y religiosas que le dispongan a reconocer la acción de Dios en su vida. Estas disposiciones interiores le permitirán más tarde iniciarse sistemáticamente, de una forma noética o cognoscitiva, en el Mensaje cristiano y sin ellas no es posible hacerlo, a pesar de que se siga un buen proceso instructivo. Y además, dichas actitudes serán el motor de los comportamientos religiosos.

Tras el desarrollo y consolidación de las actitudes religiosas, muy unidas a lo afectivo, se va desarrollando cognitivamente la idea de Dios por la maduración de las estructuras intelectuales (Tamminen, 1991, pp. 159) y por la socialización religiosa. El concepto de Dios está vinculado al desarrollo del ciclo vital, pero también a las aportaciones que provienen de los adultos y al concepto que estos tienen de Dios.

El desarrollo del pensamiento religioso es el fruto del *progreso intelectual* que permite la conciencia del yo y genera la representación mental de Dios, de los *sentimientos*, y la *socialización religiosa* de un niño, bien sea, por una experiencia religiosa o por un proceso educativo de lo religioso, catequético o escolar, así como, por el aprendizaje del ambiente familiar. Este pensamiento está condicionado por diversos aspectos, entre los que encontramos fundamentalmente: la religiosidad natural, el sexo y la vida familiar.

El niño tiene siempre una necesidad religiosa que se manifiesta en una búsqueda de seguridad, armonía y paz. Desde el nacimiento evita, en la medida de lo posible, huir de aquello que le saca de la estabilidad. Por eso cabe de manera natural la presencia de Dios en su vida como una fuente de seguridad. De hecho en Él confía y se abandona sin plantearse ninguna razón para establecer esta dependencia.

Niños y niñas buscan la tranquilidad de manera diversa, ya que naturalmente poseen una *manera distinta de percibir lo religioso* y, por otra parte, la *forma de relacionarse* con lo que no es él mismo (no-yo) es totalmente distinta, lo que apunta a la necesidad de un proceso educativo diferente en el proceso catequético.

Cualquier clima, familiar o eclesial, que suscite una sensación de calma y confianza predispone al niño a una apertura a la Trascendencia. En general, las niñas interiorizan mejor el encuentro con lo sagrado desde una visión de dependencia e intimidad y tienen una religiosidad más fuerte y más vinculada, tanto a lo personal, como a lo comunitario.

² Balthasar, H. (1988). *Si no os hacéis como este niño*. Santa Fe: Fundación san Juan. p 17.

Los niños, por el contrario establecen una relación más independiente y su vínculo comunitario suele ser menor.

Los *sentidos* son otra puerta a través de los cuales el pequeño incorpora, involuntariamente, los signos y las manifestaciones de la presencia de Dios en la creación, la naturaleza, la vida y las obras de los hombres. Cuanto mayor es la educación de los sentidos más se incrementa la capacidad del niño de percibir lo sublime de la realidad.

Por otra parte, el niño se identifica con las actitudes de fe de las personas adultas de las que afectivamente depende y mediante la observación de su comportamiento puede llegar al descubrimiento de Dios, teniendo su primera experiencia religiosa. En la experiencia de ser amado puede llegar a descubrir que Dios es amor, en la de ser perdonado, que Dios es perdón, en la de ser gratificado que Dios es don, etc. Pero ha de ser acompañado para reconocer estos sentimientos que acontecen en su vida. El amor de Dios, el perdón y su gracia acaecen en su vida como algo espontáneo.

La influencia de la familia en la personalidad tiene mucho que ver con la forma del aprendizaje infantil, de manera que no cualquier modelo educativo familiar es capaz de transmitir la fe a los hijos. El niño, durante un tiempo considerable de la infancia, realiza un aprendizaje en espejo (simbólico), gracias al cual se identifica imitando conductas, de ahí que la experiencia vivida de los adultos sea la fuente que nutre el camino de apertura religiosa.

La relación entre la familia y la actitud religiosa es tan estrecha porque en el ámbito familiar la transmisión de valores religiosos va asociada siempre a un clima afectivo que rodea la experiencia, de manera que el niño se siente miembro querido de esa primera comunidad. Como por otra parte, el niño tiene necesidad vital de un mundo bien hecho, feliz, tranquilizador y estable, dentro de la familia lo sagrado pasa a situarse en una perspectiva de crecimiento vital que satisface sus propios deseos.

Los momentos familiares de celebraciones religiosas refuerzan el vínculo de pertenencia, porque avivan la cohesión familiar.

II El pensamiento religioso en el niño

La forma en que un niño comprende a Dios está determinada por su grado de desarrollo intelectual y por el tipo de pensamiento característico del momento en que se encuentra. El pensamiento religioso comprende las acciones cognitivas que llevan al niño a aprender aspectos de su dimensión religiosa. No se trata exclusivamente del conjunto de conocimientos relacionados con Dios y lo sagrado, sino que abarca, también el misterio profundo de la naturaleza y del ser humano, reconocido a partir de la conciencia del propio yo.

Desde el nacimiento, el niño se introduce en una compleja red de símbolos culturales que debe interpretar progresivamente hasta producir y manipular los sistemas simbólicos. En ese contexto aparece lo que conocemos como “universo religioso”, que está formado por el conjunto de objetos, nombres y personas vinculadas a la relación entre el hombre y Dios.

Este pensamiento simbólico (hacia los 2 años, nunca antes del lenguaje) es lo que permite que el niño forme sus ideas y use su imaginación. La manipulación de los símbolos le permite ampliar y enriquecer la comunicación, abriéndole la puerta a cualquier experiencia religiosa de encuentro. En la fase de los 3 a los 6 años el niño atraviesa el periodo *preoperatorio*, en el que asocia imágenes, objetos, acciones y palabras. Es el momento de crecer en todos los ámbitos de la persona, también en el trascendente. Desde aspectos de la vida cotidiana, como puede ser el juego, establece

relaciones con los demás, con él mismo y con el Misterio, organizando categorías ordenadas por clasificaciones (Dios-arriba, yo-abajo), y comenzando a sentar las bases para el aprendizaje de las simbologías, también de la religiosa.

II.1 Hacia los 2 años de edad

Para hablar de pensamiento religioso vamos a diferenciar tres realidades que nos ayudarán a comprender el porqué del comportamiento del niño. Se trata del pensamiento del niño, de la percepción de la realidad y de la forma de establecer relaciones niño-medio.

a. El pensamiento del niño

El niño no tiene pensamiento realista hasta la Infancia adulta. Concretamente, hacia los 2 años, nos encontramos con un pensamiento *animista* y *artificialista* que aplica también a lo religioso. Para él los objetos y los seres inanimados están dotados de vida e interactúa con ellos, estableciendo relaciones pre-morales de buenos y malos según el gusto que sienta.

En los dos primeros años de vida lo religioso está asociado a sensaciones de paz y seguridad. La ternura, la caricia y la expresión sencilla del amor son la puerta para percibir lo sobrenatural, lo bueno, lo que atrae. El *silencio* y la *calma* son, junto a los sonidos gratificantes, las canciones y los gestos de amor, los elementos clave para provocar un despertar religioso, en el que aparece principalmente el asombro.

b. La percepción de la realidad

Respecto de la realidad podemos decir que el niño, para vivir en la tranquilidad que necesita, diseña en su mente una comprensión del mundo real como un todo perfecto. Generalmente lo entiende como un engranaje de reloj donde todo funciona a través de acciones mecánicas encadenadas unas a otras sin posibilidad de error. En esta concepción de la realidad es donde se integra la visión de Dios, el Gran relojero.

c. Relaciones niño- medio

En las relaciones niño-medio el rasgo fundamental es el comportamiento religioso. Entre los 2 y los 3 años y medio asimila las primeras conductas religiosas y realizan espontáneamente comportamientos religiosos que ha aprendido y frente a los cuales se encuentra gratificado. Son acciones aprendidas de memoria, que sirven de base para acercarse a la experiencia personal y grupal de Dios.

Los símbolos religiosos, aunque no los entienda, empiezan a cobrar vida dentro del mundo mágico del niño, produciendo siempre efectos de los que ellos son los beneficiarios, pero ninguna otra persona. Los pequeños ponen a Dios a su servicio.

Los rasgos psicológicos de los pequeños condicionan fuertemente la idea de lo *sagrado* y la *imagen de Dios*, debido especialmente a su mundo irreal y al amplio desarrollo de la imaginación.

A los 3 años, edad en la que el niño se expresa desde su lenguaje y en que aparece de manera muy básica la conciencia del yo, muestra ya las *actitudes religiosas* como disposiciones internas. De manera que podemos ver cómo el niño manifiesta frente a lo sagrado una actitud de respeto y temor, aún sin saber por qué se provoca esto, pues este ámbito le resulta demasiado abstracto, pero a la vez, le sobrecoge.

A pesar de esta actitud de temor la imagen de Dios para él es egocéntrica y aparece bajo la idea de un *padre protector* que está a su servicio. La omnipotencia, omnisciencia

y protección de Dios no se reconocen intelectualmente como atributos de Dios hasta mucho más tarde, pero sí sienten frente a Dios sentimientos de dependencia, confianza y seguridad, de igual modo que lo sienten respecto a sus padres.

II.2 A partir de los 3 años

A medida que el niño crece y se amplía el mundo de sus relaciones se produce una paternalización de lo divino, de manera que Dios es concebido con la misma imagen perceptiva que su propio natural. Este proceso de asimilación proviene de los sentimientos que el niño va desarrollando realmente frente a su padre biológico y, cuando este no existe, la referencia es asociada a un adulto masculino cercano, que hace las funciones paternas para el niño.

A los 4 años, la imagen de Dios es la más clara de todo el período; se la considera la “edad de oro”. En ella predomina el pensamiento fantástico sobre la realidad, por eso a Dios se le sitúa en un marco maravilloso propio del mundo de las hadas. Siempre este mundo mágico aparece en beneficio personal del niño. Se emplean las oraciones como forma de encuentro, pero como demanda de una acción mágica. El niño reconoce a Dios como entidad individual con un lugar propio (Dios está en el cielo con los ángeles y los santos). Además en estos momentos empieza a asociar los sentimientos que él experimenta con actividades específicas de Dios, que son las que él mismo realiza.

Hacia los 5-6 años, como consecuencia del progreso intelectual y del descubrimiento que va haciendo de la figura parental, el niño comienza a distinguir a Dios de los padres. El paso de la comprensión de la realidad desde un visto de vista subjetivo a otro objetivo conlleva el hecho de que empiece a apreciar los defectos ajenos y se produzcan las primeras decepciones, aunque solo sea a nivel cognitivo y no afectivo.

Dios comienza a tener rasgos humanos, pero con una apariencia extraordinaria de héroe o de mago. Se despierta en el niño el interés por el mundo religioso como algo mágico, que genera curiosidad y provoca, a la vez, fascinación.

A los 5 años Dios empieza a realizar más tareas humanas como pasear por el campo, comer, etc., y además se le añade un rasgo nuevo que es la función de Creador. En este momento se rompe la paternalización de la etapa anterior y comienza una cierta independencia. A veces, Dios y la creación se confunden, dando lugar a una imagen universal de lo divino vinculada siempre al bien.

En este tiempo es fundamental dotar al niño de recursos simbólicos y narrativos que aporten conocimientos a la imagen de Dios. Hay que profundizar en los relatos, milagros y escenas míticas de la Biblia, para captar su atención sobre la relación entre el personaje bíblico y Dios. No entiende el contenido, pero aún así aprende una forma interpersonal de relación.

EDAD	IMAGEN DE DIOS
3 años	Padre protector
4 años	Fantástica
5-6 años	Distinta de la figura parental

En todo este periodo, siguiendo los estudios de Jean-Marie Jaspard, realizados con niños preescolares belgas de familias católicas practicantes, podemos hablar de tres estadios de desarrollo:

1. **Dios como Objeto / Dios como Humano (0-3 años):** A partir del primer año de vida, los niños pueden diferenciar los distintos objetos por sus nombres. Desde los 18 meses se interesan por los nombres de los objetos, incluidos los religiosos, como puede ser el crucifijo, al que se suelen referir como Jesús. También les gusta realizar la señal de la cruz.

A partir de los dos años y medio, comienzan a diferenciar a Jesús (o Dios, o Señor, dependiendo de la educación religiosa familiar) del crucifijo. Entre los 2 y 3 años, han escuchado que Dios vive en la iglesia y suelen preguntar: “¿Dónde duerme?” En estas edades, creen que Dios trabaja (por ejemplo, haciendo sonar las campanas de la iglesia), que realiza actividades del hogar (cocinar, comer), y que tiene sentimientos y sensaciones (frío, calor, llora, si le duelen los ojos es que está enfermo). Hacia los 3 años, a Jesús se le identifica con atributos humanos, y se le asocia con ciertos objetos, lugares y conductas.

Poseen una religiosidad imitativa y empiezan a asignar nombres a los objetos religiosos, por lo que los conceptos están siempre referidos a realidades tangibles.

2. **Dios como Superman (3-4 años):** El niño comienza a ser más selectivo a la hora de asociar atributos a Dios. Sabe que Jesús está representado por el crucifijo y conocen que está vivo aunque no puedan verlo. Asocia la actividad de Dios con acontecimientos meteorológicos tales como la lluvia. Cada vez pronuncia más el nombre de Dios en sus expresiones cotidianas.

Se pregunta por la posibilidad de ver a Dios, y cuando los padres le responden que “está en el cielo, que es invisible y que por lo tanto no se le puede ver directamente”, el niño no lo suele aceptar inmediatamente y suele seguir preguntando. Saben que Dios tiene diferentes poderes a los de cualquier persona. Conforme aprende relatos religiosos (María, Jesús, Santa Claus, los santos), suele dejar de preguntar por si pueden ver a Dios. Acepta que Dios está en el cielo, pero a la vez cree que baja de vez en cuando a ayudar a la gente, por ejemplo, en forma de Santa Claus. Sus oraciones de petición reflejan que Dios es percibido como alguien que le entiende y puede ayudarle en sus deseos. Su idea de Dios es absolutamente sincrética y, desde el punto de vista del adulto, llena de contradicciones.

Jaspard y Arago-Mitjans (1965) coinciden en que no les gustan todas las actividades religiosas por igual y suelen rechazar las que son muy complejas.

La religiosidad en estos años es directamente proporcional a la de la madre, sobre todo en los chicos, que tienden a repetir más los gestos y creencias de sus madres. Las niñas tienden a ser más independientes en sus rituales personales (por ejemplo encendiendo velas en la iglesia) y a menudo tienen a Jesús como un acompañante invisible durante sus juegos.

Las diferencias entre chicos y chicas se acentúan sobre todo en la siguiente fase, quizás por la masculinidad de Dios.

3. **Dios como Divinidad (4,5- 6 años):** Dios es percibido, aunque de forma muy simple o sencilla, en términos de trascendencia, fuera del espacio y del tiempo, así como omnipotente e inmanente.

Las niñas y los niños a esta edad conceptualizan la divinidad como localizada en dos esferas: la primera, antes y después de la vida (antes del nacimiento o concepción y después de la muerte en el cielo); y la segunda, en el presente,

manteniendo el orden en la naturaleza y supervisando la vida familiar y personal, ayudando a la gente y siendo amigo de los pequeños.

La omnipotencia atribuida a Dios tiene una función de socialización, ya que las características de las figuras religiosas (Jesús, los santos...) las relacionan con las conductas de los niños (ser educado, buen amigo...), según se refleja en sus oraciones. Cuando no se cumple alguna petición realizada en un rezo, tienden a pensar que, o podrían haber hecho algo malo y no se lo merecían, o que fue por dejadez en la oración.

Los chicos se identifican con la fuerza ilimitada de Dios y de Jesús, pero también están fascinados por el poder del mal y del demonio. Les atrae que pueda caminar sobre el agua o conducir coches a grandes velocidades. Le atribuyen un poder ilimitado

III Sentimiento de lo sagrado

Lo sagrado se sitúa en la perspectiva del crecimiento vital como otro elemento más de lo humano. El libre compromiso religioso debe apoyarse antes en la experiencia adquirida por la educación de los valores religiosos.

La actitud del hombre frente al «Misterio» cambia con la edad y con la madurez de la personalidad. Lo sagrado, es decir; lo referido a Dios, tiene un significado diferente según sea la experiencia humana. En esta etapa concreta observamos un cambio progresivo de sentimientos frente al ámbito de lo sagrado que va, desde la confianza ingenua, hasta la aceptación de la trascendencia desde el temor religioso.

A los 3 años el niño posee un sentimiento de confianza absoluta frente a Dios, lo mismo que le ocurre con sus padres. Posteriormente el sentimiento de confianza absoluta se va perdiendo de manera gradual. El desarrollo de la conciencia personal y el descubrimiento del yo hacen al niño sentirse débil y pequeño frente a la Trascendencia.

Será a partir de los 7 años, por el uso de la conciencia, cuando el niño empiece a tener un sentimiento de temor frente a las maravillas que observa en el mundo de lo sagrado, a veces, no sólo influido por la relación que establece con Dios, sino por la observación del comportamiento adulto.

IV Comportamiento religioso

Durante la Educación Infantil se produce una etapa de egocentrismo afectivo que da a las creencias y los comportamientos un carácter mágico.

Para el niño de 3 años, las personas y los objetos que le rodean piensan y sienten como él mismo. El niño está plenamente volcado al exterior, hasta tal punto que su propio yo forma parte de la realidad objetiva. Como el niño no posee conciencia de sí mismo, él y su mundo aparecen indiferenciados, de manera que atribuye al exterior lo que experimenta dentro de él.

A medida que el niño se socializa, adquiere un lenguaje y supera el complejo de Edipo, va descubriendo la realidad. Se produce un proceso de descentralización que le permite reconocer la diferencia entre sujeto y objeto. Este proceso, lento y constante, hace que la imagen de Dios quede también sometida al egocentrismo afectivo, y que las relaciones con Él estén condicionadas por las experiencias que posee de las relaciones paternas.

Los niños pequeños sienten una dependencia respecto a Dios, que viven como obediencia pasiva. Dios es el garante de su verdadera seguridad.

ESCUELA DE CATEQUISTAS

En el comportamiento religioso el niño, a partir del primer año de vida, trata de imitar a sus progenitores, y de forma especial a la madre. Es la fase de “religión de la madre que reza” y que se alarga hasta los 3 años. Como indicamos anteriormente esta relación es la que fomenta la reverencia y el cariño a Dios. El concepto de Dios es en esta fase borroso, desdibujado, pero real, aun siendo incompleto. Es un Dios lejano.

Un factor clave en la socialización religiosa es el ambiente, ya que él tiende a imitar a los que le rodean (imitación empática), por lo que esta etapa se puede considerar imitativa.

El hombre, capaz de Dios

I Introducción

El hombre es un ser «llamado a ser» según la idea divina. Hombre y mujer poseen una *vocación* que han de ir realizando progresivamente para alcanzar su ser en plenitud. Esta tarea de la vocación personal no puede realizarla el ser humano con su propio esfuerzo si no es auxiliado por la gracia del Espíritu.

La persona humana es un ser capaz de establecer una relación con Dios y entrar en comunicación con Él. Como dos amigos, según afirma el Vaticano II, establecen desde el origen un diálogo de amor.

El encuentro entre Dios y el hombre en los primeros años de la vida podemos describirlo desde los dos interlocutores de un diálogo: por una parte Dios, quien se revela y, por otra, el niño, quien acoge desde la sensibilidad y la exploración de la realidad cercana.

Para hacerlo más visible tratamos por separado la descripción de ambas partes, aunque en realidad los dos movimientos de este dinamismo de encuentro se dan simultáneamente.

II Dios se aproxima al hombre

Dios toma la iniciativa y sale al paso en la vida del hombre para hacer posible entre ambos el encuentro. Sin embargo, la presencia de Dios no tiene siempre el mismo rostro, va dependiendo del momento y de la circunstancia en la que la persona está viviendo.

En el estudio de la Teología estamos acostumbrados a hablar de la salida de Dios al encuentro del hombre en la *obra creadora*, en la *historia de un pueblo*, en la *persona de Jesús* y en la *Iglesia*.

En la etapa de los primeros años de la infancia la presencia de Dios en la vida de los pequeños muestra su rostro en una doble realidad: la *condición creatural* de su ser niño, y la *existencia de un no-yo*, que permite las relaciones con el exterior. En ambas realidades se presenta la iniciativa divina que invita al hombre con su llamada a dar una respuesta.

II.1 El niño como criatura de Dios

El crecimiento espiritual del ser humano comienza desde el primer momento de su existencia. El niño, criatura de Dios, alberga en su ser la huella profunda de su origen expresada en su condición de ser incoado. Esta tierna criatura lleva en sí un potencial interno dispuesto a hacerse realidad y expresarse externamente. Ese potencial, lleno de posibilidades, se recubre siempre de una cualidad espiritual que destaca en esta etapa de la vida, la esperanza.

El niño tiene necesidad de un mundo feliz, por eso en cualquier circunstancia espera una condición mejor, que llegará siempre en forma de beneficio para él; así, sin saberlo, se convierte en un ser que confía y espera en el futuro sin cansarse aunque en un presente inmediato no lo alcance.

En los dos primeros años de vida la condición criatural del niño se expresa en:

a. Una dependencia originaria

El teólogo Balthasar afirma que «entre la madre y el niño que ella lleva en su seno existe una 'identidad originaria', una unidad en modo alguno meramente "natural", "fisiológica" o "inconsciente" porque el niño ya es él mismo, ya es un "otro" respecto de ella, pues él se origina tanto de ella como del semen masculino»; «Detrás de la "identidad originaria" de madre e hijo-cuya no-identidad aparece definitivamente en el nacimiento- se destaca una "identidad originaria" aún más profunda: la del niño que crece y se desarrolla según la idea que Dios tiene de él, según la intención que quiere realizar en él. Y esa idea e intención es y no es Dios mismo, pues tiene como objeto a la criatura misma» (Balthasar, pp. 20-21).

Tras esta reflexión se descubre una verdad profunda que define al niño como ser espiritual y que refleja la dependencia ontológica entre el niño y Dios. Esa dependencia constituye la condición necesaria para que el niño sea alumbrado y desarrolle su arraigo en Dios y ha de ser educada de manera vivencial mediante los más cercanos.

El seno familiar se convierte en signo (sacramento) de la presencia misteriosa de Dios en la presencia visible de su padre natural. Dios se revela en la pequeñez de un simple ser humano (padre) que sirve como mediación para que el niño le pueda de manera vivencial dar alcance mediante la seguridad, la confianza y la felicidad.

b. Una indigencia acogedora

Las características del niño al nacer son la expresión más nítida de la acción de Dios en el ser humano. La total dependencia y la ausencia de identidad, así como la restringida comunicación con la que se presenta al mundo, denotan la donación de Dios como sustento de esa nueva vida. Dios se revela en un proyecto, abierto e inacabado, lleno de potencialidades.

Frente a esta donación divina los padres aparecen como signos sensibles del misterio providente de Dios en la historia. El ser del niño al nacer es tan débil que sin el auxilio materno no sobreviviría, de manera que el cuidado familiar, en forma de don y gratuidad, se convierte en vínculo indispensable para su propio ser y, por tanto, en revelación explícita del amor de Dios con cada niño.

Los cuidados paternos son el icono de la ternura y el cuidado divino que fundamenta la felicidad presente, pero que, a la vez, invita a una felicidad futura que no se termina porque traspasa la historia. Dios crea al hombre con una llamada a la plenitud, a lo definitivo y le revela desde los primeros auxilios su dimensión benefactora. En el cuidado, la paz, la armonía y el amor que recibe el niño se antecede, en forma de promesa, el beneficio otorgado para el más allá. El niño, sin referencia de espacio y tiempo, percibe por su parte estos dones como beneficios permanentes e inacabables con rostro y sabor a eternidad.

El misterio de Dios-Padre se envuelve en cuidados y dones recibidos como gracia y que convierten al niño en un ser de acogida, que está abierto a la acción de Dios en su vida.

II.2 El rostro de Dios en el no-yo

Dios, además de revelarse en el ser del propio niño, lo hace también en el resto de la realidad que le envuelve y le rodea. Él está presente en la naturaleza en la que el niño está inmerso, y en la cual se encuentra su huella.

Desde el comienzo de la vida el niño establece contacto con lo que no es él y progresivamente va descubriendo una realidad reveladora que encierra en sí un misterio inalcanzable. El pequeño posee un afán innato de conocer que se expresa en sus permanentes movimientos y en sus respuestas a las sensaciones. Frente a él aparece una realidad desconocida que lleva en sí el misterio de su origen y que ejerce una atracción ineludible sobre él. El niño ejerce un señorío sobre la realidad mediante una lenta y progresiva conquista.

El orden y la armonía de la realidad reclaman al niño la necesidad de ser conocida. Él responde con la fuerza de un deseo de conocer que no se apaga y que saca de él una dimensión exploratoria que se expresa en una constante búsqueda. El deseo de buscar en la naturaleza abre la puerta al deseo posterior de buscar la Verdad con mayúsculas.

La sensibilidad infantil y el deseo permanente de juego y movimiento son el motor intrínseco para descubrir una realidad gratuita, dispuesta por Dios para, como dicen las primeras páginas del relato bíblico, ser conocida, querida y usada con capacidad transformadora en la co-creación.

III La respuesta del hombre al Dios de la revelación

El dinamismo Dios-hombre se expresa también en la respuesta de la persona a la llamada divina. La respuesta del niño pequeño a Dios en los dos primeros años de la vida, se manifiesta en tres apartados que desarrollamos a continuación:

a. La apertura al Misterio

El niño pequeño es un ser abierto al misterio por su propia naturaleza indigente, como acabamos de ver. Su apertura se hace expresiva en una búsqueda cálida y tranquila de la realidad y en un rechazo a todo aquello que no le resulta amable. En ese sentido, se hace eco del amor presente en las personas y en las cosas y del atractivo que esta cualidad ejerce sobre él. La cualidad atrayente de la trascendencia divina está presente en la bondad de la realidad.

El niño, cuando percibe la realidad como ausente de amor se siente incómodo, inseguro y desprotegido y quiere escapar de ella. Su respuesta se manifiesta a través de emociones, más o menos intensas, como el llanto, la ira, la rabia o la negación que reflejan el desacuerdo profundo con la ausencia de amor. Además él responde a través del movimiento que le permite descubrir y transformar la realidad en su beneficio, como un don.

Podemos decir que el niño está dispuesto al *orden impreso por Dios en la naturaleza* y se siente a gusto cuando esa armonía se respeta. Vive en una permanente acogida de dones, en la que no cabe la carencia, por eso está permanentemente abierto a recibir y acoger. La ausencia de conciencia activa le hace totalmente dependiente de los demás, sin que esto sea negativo. Como los pobres de Yavé, el niño está lleno de esperanza en lo que viene de fuera, sin que le envuelva la soberbia interna de querer conseguirlo todo por su esfuerzo. Este hecho es un aspecto esencial en el desarrollo espiritual en el que es necesario sentirse dependiente y necesitado.

El niño es un ser receptivo-activo dispuesto así en su naturaleza y es importante no abortar este aspecto con la educación. Esta disposición de las primeras etapas es esencial para vivir en el futuro la total dependencia del hombre al plan de Dios. La relación que ahora, de forma natural, tiene el hombre con Dios, tendrá que ser en el futuro descubierta y querida conscientemente, dando voluntariamente paso a la acción de Dios en la propia vida.

La apertura manifiesta también la dimensión comunitaria del niño, reflejo de la comunión trinitaria. En los pequeños aparece un comportamiento externo llamado *apego* (dependencia intencional), que expresa el drama de la soledad originaria de la que hablaba Juan Pablo II³. Con esta conducta se evidencia que la presencia del otro es necesaria y que no es compatible con la separación.

Se expresa claramente la dimensión comunitaria del ser humano sostenida en una relación dual, un tú y un yo que son intrínsecamente necesarios, y que manifiesta el anhelo del hombre por un Tú divino. El comportamiento del niño recuerda al “estado preternatural anterior al pecado original”, en el que, de forma natural, existe una cercanía esencial entre criatura y creador, sin que esto quiera decir, en ningún caso, que en el niño no exista desde su origen la huella del pecado original.

El apego supone una conducta de proximidad arraigada en una *confianza* inquebrantable en el otro, para poder alcanzar la propia identidad evitando el vacío que supone la propia indigencia. “Fiarse de” es *totalmente necesario* para ser feliz y tender hacia la plenitud. Dicho apego infantil es pues una prefiguración del abandono futuro necesario para dar una respuesta de fe a la invitación de Dios a ser su amigo. Una relación fi-ducia con el mundo que le rodea.

b. Las actitudes religiosas

En los dos primeros años de vida aparecen actitudes religiosas naturales como el asombro, la alegría, la ternura y la esperanza. Son disposiciones internas del niño que no aparecen como respuesta racional a un estímulo externo, sino como algo connatural e innato que valora desde el interior lo bueno, lo verdadero y lo bello.

El pequeño concibe el mundo como una globalidad perfecta, en la que aparece naturalmente la *alegría* como consecuencia de la satisfacción de las necesidades básicas y del cuidado recibido de los que le rodean. La alegría infantil está asociada a la confianza total, en la que no tiene cabida ni la incertidumbre ni la duda.

La alegría lleva de la mano como actitud la *esperanza*, que permite mirar las cosas como un beneficio que se recibe o que será recibido. En la interioridad del niño nunca se abre la puerta a la carencia, siempre se confía en que lo que ha de venir será lo mejor.

La *ternura* es otra de las actitudes que aparece en el niño como reflejo del amor gratuito que Dios da a los hombres. El niño no conoce rival porque no ha crecido en él aún la enemistad. Por ese motivo no usa la rudeza para enfrentarse con el otro, sino más bien encuentra en él una presencia benefactora que le da confianza y seguridad.

La ternura es la expresión del beneficio gratuito que se recibe y se entrega sin dejarlo atrapado entre las manos. Esta actitud goza de la limpieza que proviene de sentirse seguro en la indigencia, sin necesidad de atesorar para que los tesoros sustituyan al benefactor. Es un paso previo para reconocer la beneficencia divina.

También aparece el *agradecimiento* fruto del desinterés por el don recibido. El niño no concibe la necesidad de dar respuesta a lo que recibe, sino solo la de acoger. Se trata de la prefiguración de la fe en el Dios providente al que hay que estar siempre agradecido.

A partir de los 2 años aparece una actitud religiosa genuina que perdura hasta los 7 u 8, el *asombro*. Esta actitud se expresa en la capacidad de admiración frente a la realidad que le rodea, en la percepción desde su pequeñez de la grandeza de lo creado. El niño

³ Juan Pablo II. (1979). *La soledad original del hombre*. Audiencia general del 10 de octubre.

pequeño es inquieto y quiere conocer la realidad, por eso a cada descubrimiento le acompaña un gozo interno fruto del desvelamiento del misterio. El descubrimiento de la realidad le hace crecer, pues le permite descubrir progresivamente en su interior lo que no es él.

El niño pequeño al conocer algo nuevo es capaz de alcanzar el sentido misterioso de lo que le rodea, rasgo que se le escapa al adulto porque se considera protagonista del propio conocimiento. Descubrir es para el niño crecer e irse construyendo como persona, lo que genera un regocijo interior que le llena de paz, incluso cuando hay peligro.

A medida que va creciendo en el niño aparece como actitud el *temor divino*. Es la consecuencia de ir descubriendo la distancia entre la propia pequeñez y la trascendencia divina. Un temor que se debate entre el miedo, la confianza y la reverencia y que dará como fruto, en un futuro próximo, la piedad infantil.

El vínculo entre Dios y el niño es tan confiado que no aparece en él, hasta bastante más adelante, el miedo a perder la relación con Dios.

Entre las actitudes de la infancia encontramos como singularidad el *perdón*. En los pequeños existe una disposición interna a no tener en cuenta las ofensas recibidas. Aparece en ellos un olvido que evita el resentimiento con el otro, ya que esto le provoca ruptura y separación y le saca de su seguridad.

Es cierto que el niño distingue en el comportamiento el bien y el mal, condicionado por el significado que le dan los adultos a los que quiere, pero también lo es que, progresivamente, va descubriendo la trascendencia positiva o negativa de las acciones que realiza, y que fiado en el amor de los que le rodean no teme perder ese amor que los otros le tienen. El pequeño perdona y se siente perdonado, gesto que le aproxima de forma natural a Dios, quien no se retiene en la ofensa sino en el amor hacia el pecador.

c. Atrapamiento nominal de la realidad

El relato de la creación en el libro del *Génesis* coloca al hombre como cumbre de la creación y le otorga, además, la capacidad de transformarla de manera creativa, haciéndose icono del verdadero dueño.

La primera transformación creadora que el niño realiza sobre la creación para conocerla, es el atrapamiento nominal. El niño conoce y pone nombre a la realidad que le rodea apropiándose, en parte, de ella al nombrarla. De esa manera comienza a realizar la bella tarea que Dios dispuso para él al ponerle en medio de la creación.

Con el pequeño gesto de conocer los nombres de lo que le rodea el niño descubre lentamente el universo religioso y empieza a tener relación personal con las cosas, con los otros hombres y con Dios acercándose a ellos de una manera diferente, exclusiva, personal y otorgándoles un sentido.

La relación del niño con las cosas implica a la vez posesión y desprendimiento. La primera respuesta de fe a Dios en el niño pasa por conocer y nombrar las cosas haciendo de manera creativa posesión de ellas, pero, a la vez, supone desprendimiento para atisbar que la única y verdadera posesión es la de Dios.

Atrapar la realidad con el conocimiento y ponerle nombre supone dignificar a la persona frente a las cosas. El hombre, digno por la imagen y la semejanza con la que fue creado, al apropiarse de la realidad agradece el beneficio de Dios con él y se predispone a establecer una comunión con Él.

El niño, frente a las cosas, comienza a dar sentido a lo que es y a lo que hace y se sirve de ellas para dar alabanza y gloria a Dios, el Creador.

d. La oración

La confianza nutre la relación entre Dios y el niño pues, como venimos diciendo, espera todo de Él.

El niño entabla un diálogo espontáneo con Dios en el que expresa sus deseos y sus necesidades, generando una verdadera y auténtica oración personal. Se trata de una manifestación viva de fe, porque en el planteamiento del niño no cabe, ni por asomo, un mínimo de duda sobre Dios.

El niño habla de manera sencilla con Dios y le expone sus necesidades con la certeza de que serán aceptadas y satisfechas. La oración del niño no pide para obtener beneficios y bienes porque tenga conciencia de sus carencias, sino porque considera que el amor del Padre ha de colmar sus deseos.

La espontaneidad en la comunicación entre Dios y el niño depende de un vínculo originario que lo convierte en necesidad, como en los momentos de la vida de Jesús en los que Él se retira para orar al Padre.

En el niño no se da solo oración de petición, sino que aparece la oración de alabanza, por eso no encuentra dificultad en expresar las bondades de Dios. El amor y la confianza en Él depositados, por su condición de permanente benefactor, le hace predicar atributos de Dios con absoluta certeza.

Bibliografía

- Ávila. A. (2003). *Para comprender la Psicología de la religión*. Navarra: Eud.
- Barrio, J.M. (2010). *Elementos de Antropología pedagógica*. Madrid: Rialp.
- Burgos. J.C. (2006). *Antropología, una guía para la existencia*. Madrid: Palabra.
- Carvajal. J.C. (2014). *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra en la catequesis*. Madrid: PPC.
- Domínguez. X.M. *Psicología de la persona*. Madrid: Palabra.
- Rahner. K. (1971). Ideas for a Theology of Childhood. Theological investigations. Vol VIII. Londres: Logman & Todd. CODINA. (tr) *Fundamentos para una Teología de la Infancia*.
- Torralba. F. (2012). *Inteligencia espiritual en los niños*. Barcelona: Plataforma actual.
- Vergote. A. (1975). *Psicología religiosa*. Madrid: Taurus.
- Wojtyla. C. (2011). *Persona y acción*. Madrid: Palabra.
- Wood, J. (2012). *Ordinary lives. Extraordinary misión*. Kentucky: Dynamic Catholic Institute.